

mente al que se reconcilia *contigo*. Al que vuelve a ti recíbele al punto con benigna caridad. Perdona, para que se te perdone; excusa, para que seas excusado.

No te portes con el que contra ti peca según su culpa, sabiendo que también contra ti se ha de hacer juicio, y *entonces* no se te dará indulgencia si no la diste. Y si él no te suplica, si no pide que se le perdone, si no sufre la humillación del ruego, si no reconoce su pecado por su mala conciencia, tú cede de corazón, perdona de buen ánimo, sé graciosamente indulgente, y concede el perdón por tu propia voluntad.

No guardes dolor en tu corazón, ni lo reproduzcas en tu ánimo: quita de ti la ofensa fraterna y no conserves malestar por la ajena maldad. Porque el odio separa al hombre del reino de Dios, le aleja del cielo, le arroja del paraíso, no se borra con sufrimientos, ni se expía con el martirio, ni desaparece con derramamiento de sangre.

DE LA ENVIDIA

¿Qué diré del fuego de la envidia? Abrasa ésta el germen de toda virtud y destruye con pestífero ardor todo bien. Con ella se daña uno a sí mismo, se muerde y se roe.

Es la envidia la tiña del alma; come el sentimiento, quema el pecho, inquieta el ánimo y destruye el corazón del hombre como peste.

Haga, pues, la bondad frente a los celos; prepárese la caridad contra la envidia. No te duelas del bien de otro, ni te consumas por su provecho, ni te aflijas por su prosperidad, ni te atormentes por causa de la felicidad de nadie, ni te agites con el incentivo de envidia alguna.

DE LA PAZ

Ama, estima la paz y obsérvala con todos. Abraza a todos en mansedumbre y en caridad. Demuestra que amas más que eres amado.

No seas desleal en la paz ni ligero en la amistad. Conserva siempre el vínculo de la constancia. Invita a la paz a los que odian, llama a

unión a los inclinados a discordia, concilia con la paz los corazones de los disidentes.

Ten mansedumbre de mente, benignidad de ánimo. Sé pronto para el afecto, afable en la conversación; habla a todos con agradable benevolencia y no haya palabras de querella que rompan la concordia.

QUE HAY QUE EVITAR LA RIÑA

Huye de los altercados, evita las querellas, guárdate de las competencias y quita toda ocasión de disputa. Desprecia la controversia; vive siempre en paz; no discutas por causa alguna, ni quieras contender en alguna acción.

La disputa exige contradicción, engendra los pleitos, ocasiona riñas, enciendes los fuegos del odio. Extingue, igualmente, la paz del corazón y quebranta la concordia.

Si cae tu enemigo, no te alegres; no te regocijes con la ruina de tu adversario, ni te goces con la destrucción de él, no vayan a sobrevenirte cosas semejantes y aparte Dios su ira de él para convertirla hacia ti. Porque quien se alegra de la desgracia de su enemigo presto cae en ella. Haya, más bien, humano afecto hacia el humillado, y mirada de compasión para el abatido, y duélete con el que esté afligido. Sufre en las ajenas calamidades y llénate de sentimiento con la tristeza de los demás.

No seas duro, ni férreo, ni tengas entrañas de piedra.

Llora la ajena desgracia como tuya y entristécete tú también en la tribulación de los demás. Llora con los que lloran, lamentate con los que se lamentan y únete con afecto de la mente a los que vierten lágrima.

DE LA IMITACION DE LOS BUENOS

En todos tus actos, en todos tus trabajos y en toda tu conversación, imita a los buenos; sigue con noble emulación a los santos; ten sus ejemplos ante tus ojos; mira con atención imitando el ejemplo de los justos.

Propónte, *digo*, el ejemplo de los santos y sean para ti incentivo de enseñanza los deseos de tus mayores. Encamínate a realizar bien

las virtudes de los elegidos y a traducir bien en tu vida las enseñanzas de los justos.

No escandalice a nadie la infamia de tu vida, ni contriste a nadie una mala opinión acerca de ti; aprende a exhalar la fragancia de la buena alabanza; ten buen testimonio *de tu vida*; guarda tu buena fama, sin que la empañe hediondez alguna, ni sea desacreditada por ajenas opiniones, porque esto *último* ocasiona el detrimento del bueno.

Huye de la gloria popular y evita la admiración del vulgo; deja de jactarte a los ojos de los que te adulan y no seas llevado por el viento de la aclamación. Desprecia las admiraciones y la alabanza del aplauso popular.

Aplicáte más a ser bueno que a ser visto; no te des por enterado de si alguien te alaba o te vitupera. No te seduzca la alabanza ni te quebrante el vituperio; porque quien no apetece la alabanza no siente la afrenta, y si desprecias aquella, fácilmente rechazarás las críticas.

Por eso no te creas bueno si por tal eres tenido; pregunta a tu conciencia sobre el parecer del dicho ajeno e investiga en ti con tu propio juicio y no con el de los demás. Mídete, no con lo que los otros hablen, sino con tu mente propia; porque nadie puede mejor saber quien tú eres sino tú mismo que te conoces.

¿Qué aprovecha que de ti se diga que eres bueno, si eres malo? ¿Qué alabanza de *hombre* bueno te pertenece si una cosa eres y otra te finges? Por lo cual evita el disimulo y el fingimiento, y no aparentes santidad con tu pobre vestido; sé como quieres ser tenido; demuestra en el vestir y en el portarte lo que profesas.

Haya simplicidad en tus maneras, pureza en tus movimientos, gravedad en tu gesto y honestidad en tu paso. No aparezca nada de vergonzoso ni de lascivia, ni de petulancia, ni de insolencia, ni de ligereza; pues se adivina el alma en el aspecto del cuerpo, el gesto del cual es indicio de la mente y con él se pone el ánimo de manifiesto y se muestra su inclinación.

No tenga, pues, tu modo de comportarte, especie de liviandad, ni ofenda la mirada de los otros; no te ofrezcas en espectáculo a los demás, ni les des motivo de hablar mal acerca de ti.

No te juntes a personas vanas, ni te reúnas con los frívolos; evita los malvados, guárdate de los inicuos, huye de los viciosos y separa de ti a los perezosos.

Huye las multitudes de los hombres, los de aquella edad, princi-

palmente, que más inclinados son a los vicios. Júntate a los buenos, dese la relación con ellos y busca su compañía.

Abrázate apretadamente a los santos; que si fueres compañero de su conversación, lo serás de su virtud; porque será sabio quien con sabios camina, y necio, quien a los necios se agrega, ya que con los semejantes suele juntarse el semejante.

Es muy peligroso pasar la vida con los malos, y en gran manera dañoso el agregarse a aquellos que son de desordenada voluntad; y si a los indignos te asocias, alimentas para ti infamia; porque mejor es tener odio a los malos que buscar su compañía; y así como la vida en común con los santos proporciona muchos bienes, así trae males sin cuento la compañía de los malvados; pues sabe que quien tocara lo inmundo, con ello se contagiará.

Cierra, pues, tus oídos, para que no escuches al malo.

DE LA LENGUA

Rechaza las conversaciones impuras; huye de los dichos deshonestos; ninguna impureza de palabras se insinúe en tus oídos, porque el lenguaje liviano mancha pronto la mente, y con facilidad se hace lo que con gusto se escucha.

No salga de tu boca cosa alguna que pueda ser impedimento; nada que no convenga haga brotar el sonido de tu voz; sino que salga de tus labios lo que no mancille los oídos del que te escuche.

Guárdate de la obscenidad de las palabras y huye la torpeza en el hablar; porque un lenguaje frívolo es indicio de frívola conciencia; y es la lengua la que descubre las costumbres del hombre; pues cual se muestra el lenguaje; así se comprueba la condición del ánimo, ya que de lo que abunda en el corazón habla la boca.

Contén la lengua de toda conversación ociosa e impídela pronunciar palabras inútiles. Evita las hablillas necias y no narres cuentos sin sustancia.

No charles torpe y vanamente y calla aquella expresión que no edifique a quienes la escuchen, pues no quedará sin juicio toda palabra ociosa. Cada uno dará cuenta de sus conversaciones, y todas sus palabras se levantarán ante su rostro. El que no reprime las palabras ociosas pasa pronto a las perjudiciales, y el que desprecia las cosas pequeñas, cae fácilmente en las de mayor importancia; pues una culpa

pequeña engendra una mayor, y paulatinamente crecen los vicios, y así, al no evitar lo poco, vamos a dar en lo grande.

Evita, pues, las cosas pequeñas y no llegarás a las mayores; séparate de aquellas para que no caigas en lo peor.

Sea todo cuanto hables digno por su gravedad y por su doctrina e irreprochable tu lenguaje, para que aparezca útil a la atención del que te oiga.

Aplicáte a decir, no lo que te agrade, sino lo que convenga. Traza *bien* lo que digas y cuanto calles, y sé entendido en el hablar y en el callar. Piensa antes mucho lo que vas a decir, no sea que después no puedas retirarlo, *una vez dicho*. Huye de hablar a la ventura, no te pierda tu lengua. Quita toda ocasión a quien te ponga asechanza y no quede tu boca en descubierto ante los dardos enemigos, ni hables cosa alguna que recoja tu adversario.

Sé amigo del callar; pon guarda a tu boca, coloca un sello en tus labios y sabe poner a tu lengua los cerrojos del silencio; enciérrala, sin dejarle salida alguna, con el reparo de la guarda.

Busca siempre la oportunidad de hablar; trata de hallar el momento de conversar; sabe en cuál has de hablar; considera cuándo hayas de decir.

Habla y calla en tiempo conveniente. Calla hasta que te interroguen; no hables sin que te pregunten, ni antes de oír. Abre tu boca cuando te pidan parecer, y sean pocas tus palabras.

Quita toda verbosidad del lenguaje superfluo; no te excedas en él, no vayas a incurrir en los peligros de la lengua inmoderada. Los largos discursos no evitan la culpa ni se apartan del pecado: *porque* pronto reúne lodos el río desbordado y ocasiona peligro el encrespamiento del mar; como, igualmente, la abundancia de las aguas.

Es ignorante el charlatán, mientras el sabio usa pocas palabras. La ciencia emplea conversaciones breves, pues hay necesidad en el mucho hablar y se complace la voz del insipiente en multiplicar las palabras.

Haya, pues, medida en ellas y peso en las conversaciones. Mide tus palabras y no traspases la moderación en el hablar.

QUE HAY QUE EVITAR LA MALEDICENCIA

Corta, igualmente, en tu lengua el vicio de difamar. No desacredites la vida ajena, ni manches tu boca con hablar del mal de los demás.

No infames al que peca, sino conduélete de él y teme, más bien, en ti mismo lo que en él censuras.

Vicio y pecado grave es la detracción, y crimen y condenación *igualmente grave*. Todos la reprenden, la reprueban todos: nada hay más abominable y señal es de suma torpeza.

Costumbre de perros es el desagradar, mostrar la lengua, morder con dientes envenenados, y solamente ellos conocen el ladrar.

Examínate cuando hables mal de otro: cuando le muerdas, pon de manifiesto tus pecados; vuélvete a ellos, si quieres infamarle; y no mires ajenos delitos, sino los propios, ni atiendas a los vicios de los demás sino a los tuyos. Si te considerares bien, no censurarías.

Sé, pues, cuidadoso de corregirte y atento a tu salud y enmienda, sin dar oídos a los maldicientes. No escuches a los murmuradores, pues ellos y los que los escuchan son objeto de igual reato y pesa sobre unos y otros el mismo peligro. El que oye a un difamador y el que difama son juzgados igualmente. No busques enterarte de lo que no te importa, ni desees nunca conocer lo que entre sí hablan los hombres. No investigues que diga o que habla alguno.

Evita la curiosidad; deja la preocupación por la vida ajena y todo cuidado que no pertenezca a tu estado propio. No invada la curiosidad tu ánimo, ni en él se introduzca furtivamente la concupiscencia del detestable deseo de saber, ni, olvidado de tus costumbres, quieras averiguar las de los demás. Más bien corrige tus vicios con tanto cuidado cuanto pones en enterarte de los ajenos.

DE LA MENTIRA

Con gran cuidado huye de todo linaje de mentira; no digas falsedad ni por acaso, ni por estudio.

No te apliques a mentir para aparecer superior, ni con falacia quieras defender la vida de nadie.

Guárdate en todo de la mentira, pues con ella se quita la fe, se introduce el error y se destruye la verdad. No hay mentira que sea justa. Toda mentira es pecado. Es iniquidad lo que de la verdad se aparta.

Las leyes del mundo condenan a los falsarios, castigan a los mentirosos y exterminan a los falaces. Si la mentira se castiga según los hombres, y sufre pena la falacia según el juicio humano, y es afectada

la falsedad con pena capital, ¿cuánto más habrán de serlo ante DIOS, testigo de las palabras, ante el cual ha de dar cada uno cuenta de las que hayan sido ociosas, para sufrir castigo por ellas?

Porque mata al alma la boca que miente, y *se ha dicho*: “Perderás a los que hablan mentira y no quedará impune el falso testigo.”

Huye, pues, de la falacia y evita la mentira. Huye de lo falso; habla con sinceridad: nunca mientas; sé veraz y a nadie engañes, ni le lles al error con tu mentir; ni le envuelvas con palabras, ni con fraude le sorprendas, ni con argumentos de palabras falsas le seduzcas.

No digas uno y hagas otro; no hables uno y guardes otro en tu ánimo. Ofrece tu afecto sin disimulo, y exhibe tu bondad sin fingido adorno.

Ten, igualmente, por prohibido el juramento, y quita la costumbre de protestar con él. Peligroso es jurar; y la frecuencia en hacerlo engendra la costumbre del perjurio al que lleva el hábito de jurar. Diga tu labio: “sí” o “no”, pues no necesita de juramento la verdad. Una palabra fiel tiene forma de juramento; sea, pues, firme la fe del tuyo.

QUE SE HA DE CUMPLIR EL VOTO

Haz el bien que prometiste. No seas fácil en palabras y difícil en obras. No prometas con facilidad en la presencia de Dios, ni hagas voto sin consideración de las propias fuerzas, ni ofrezcas lo que no puedes hacer.

De mucho te harás reo para Dios si no cumples lo que hayas ofrecido; pues desagradan a Dios los que no realizan sus votos. Entre los infieles son contados los que no ejecutan lo que prometieron; pues mejorar es no prometer que no verificar la fe de lo prometido; mejor no hacer voto que, después de hecho, no dar lo que se ha ofrecido. Anula la fe empeñada en lo mal prometido; cambia la determinación de una promesa torpe y no hagas lo que incautamente hayas ofrecido; porque es impío aquel ofrecimiento que haya de cumplirse con maldad.

DE DIOS Y DE LA CONCIENCIA

Nada hay oculto ante Dios; por lo que no digas palabra inicua ni aun en lo escondido del corazón, pues no pienses que tal palabra pueda guardarse en el silencio. No se ocultará palabra escondida alguna, y se pondrá de manifiesto cuanto se haga en secreto, y cree que cuanto hagas o digas en lo más recóndito ha de ser puesto a pública luz.

No ocultarán las piedras lo que en complicidad con ellas hayamos hablado; y hasta las mismas paredes no callarán lo que hayan oído. Hablarán las bestias si los hombres guardan silencio.

Por lo cual evita los pecados, porque no puedes ocultarlos. Peca allí donde no sepas que haya Dios; porque nada se cela ante El y ve lo más retirado el que ha hecho lo más escondido. Serás reo ante los divinos juicios, aunque no te vean los ojos humanos.

Dondequiera está Dios presente; todo llena su espíritu; su Majestad penetra todos los elementos, a todo toca la presencia de su poder, y fuera de El no existe lugar alguno. Nada se esconde a su conocimiento; en todo lo secreto irrumpe la fuerza de su virtud; no sufre que haya cosa alguna latente para El ni hay óbice alguno que le impida adentrar en todo. Conoce nuestros pensamientos y sondea nuestro corazón; ve lo que en el interior se trata, lo que allí se guarda y distingue, lo que allí se prepara. Conoce hasta lo que el hombre ignora de sí mismo.

Nadie puede huir de sí mismo, y si la pública fama no te condena, lo hace tu propia conciencia, más grave que la cual no hay pena alguna.

Vive tú bien, si no quieres estar triste; la mente que se encuentra segura soporta fácilmente la tristeza.

La vida buena lleva siempre el gozo consigo; más, por el contrario, la conciencia del que se siente culpable siempre se halla en pena.

Nunca el delincuente se mira seguro y el espíritu de mala conciencia se ve agitado por propio tormento. Si permanecieres en el bien, se alejará de ti la tristeza; si perseverares en la justicia, no te saldrá al encuentro la melancolía. Ni daño alguno, ni la muerte misma te atemorizará si vivieres bien y piadosamente.

Refiere al Señor tu proyecto y tu obra toda, y pide para todo ello el auxilio de Dios. Atribuye a don del cielo cuanto te dé la gracia divina, y nada a tus merecimientos. No presumas en tu virtud, ni confíes a tu esfuerzo cosa alguna.'

Si quieres aumentar tus virtudes no las exhibas; ocúltalas, en vez de exagerarlas; esconde las buenas acciones en lugar de envanecerte. No quieras aparentar lo que hayas merecido ser y guarda con tu silencio lo que puedas perder al manifestarlo.

Revela, en cambio, los ocultos vicios del corazón, y descubre al punto los malos pensamientos, porque, puesto a la luz, presto cura el pecado, mientras se aumenta el crimen al callarlo y crece la culpa con el silencio. si el vicio se hace patente, de grande se hace pequeño; y si se guarda, agranda en vez de empequeñecer; pues si se oculta, más bien se cree que se hace porque es malo y el mal hay que evitarlo mejor que enmendarlo, y huir el vicio mejor que corregirlo; no vaya a suceder que, si en él incurres, no puedas ya volver atrás.

DE LA BUENA Y DE LA MALA COSTUMBRE

Con dificultad se domina la costumbre. Apenas puede romperse la ligadura de ella, pues lo arraigado durante mucho tiempo puede corregirse muy tardíamente. Piensa mucho sobre una dudosa sentencia; reflexiona mucho sobre un acto; madura tu parecer para que puedas perfeccionarlo; estudia durante mucho tiempo lo que vayas a hacer; experimentalo largo tiempo, y *después*, obra, y luego de pensarlo detenidamente, haz según lo hayas estudiado.

Nada grande se hace con precipitación y es mejor la tardanza de la reflexión. Mas en cosas ciertas, quítese de ti la tardanza en el bien obrar, deja las dilaciones y nada difieras para el día siguiente, pues es dañosa la detención para las buenas cosas, ya que lo que en ellas conviene impide el diferirlas. No haya, pues en las tales remisas lentitud, ni torpe negligencia.

Sea lejos de ti el vicio de la ociosa pereza, pues los vicios captan pronto a los indolentes. Por causa de la indolencia desaparecen la fuerzas y el ingenio. Ella y la negligencia anulan el ánimo. Se corrompe la naturaleza con la desidia y con ella languidece el ingenio. Vence el entendimiento la indolencia, y el embotamiento extingue la luz de la ciencia; mas la viveza hace mejor la inteligencia, como la empeora el descuido negligente y entorpece la razón la desidia.

Mas la diligencia excita la pereza, y se hace la naturaleza más excelente con la instrucción y más despierto el ingenio con el añadido estudio. Con éste se agudizan los más tardos ingenios, y despierta la destreza al entorpecimiento de la naturaleza.

La constancia rompe la pesadez de la razón, y ésta se perfecciona con el ejercicio, y más se sabe con la experiencia.

Cambia muchas veces la naturaleza con las costumbres y por ellas es vencida frecuentemente, pues la perseverante repetición hace los hábitos. El frecuente uso se cambia en naturaleza y ceden ante él y le obedecen todas las cosas; y todo se hace según costumbre.

Así, lo que habías comenzado con dificultad te harán el uso y el hábito realizarlo con placer.

DE LA SABIDURIA Y DE LA IGNORANCIA

Nada hay mejor que la sabiduría, ni más dulce que la prudencia, ni más suave que la ciencia. Nada hay peor que la necedad, ni más malo que la tontería, ni más torpe que la ignorancia, madre de errores y alimentadora de vicios.

El pecado prevalece más por ignorancia, pues ésta no distingue lo que sea digno de culpa, ni conoce cuando delinque. Así pecan muchos por impericia, y cae con frecuencia el insipiente en el pecado como, igualmente, es engañado con facilidad el indocto.

Pronto el necio se precipita en los vicios, mas el prudente conoce al punto las asechanzas, y distingue los errores con más celeridad.

No evitaremos la culpa sino por medio de la sabiduría. La ciencia se aparta del mal y el sapiente lo examina todo con prudencia, y con su entendimiento, juzga entre lo bueno y lo malo.

Consiste el sumo bien en saber de qué debes guardarte, y la suma miseria en no conocer a donde te diriges. Ama, pues, la sabiduría y se te mostrará; acércate a ella y se aproximará a ti; frecuéntala y te instruirá.

DE LA DOCTRINA

Aprende lo que ignores, para que no seas tenido por maestro inútil. Oye primero y después enseña y recibe nombre de maestro por tu enseñanza. Di el bien que oigas y enseña el bien que aprendas y no desprecies el afán de aprender y el de enseñar. Vierte por la boca la ciencia que por el oído recibes.

Al hacer a los demás partícipes de la sabiduría aumentas para ti el

caudal de ella, porque cuanto más ampliamente se distribuya la ciencia, más abunda. Se hace la sabiduría más caudalosa cuando se distribuye, y se empobrece y empequeñece cuanto se la retiene. Al dar liberalmente la ciencia, rebosa; cuanto más se ofrece, aparece más exuberante.

Precedan, sin embargo, las obras a las palabras. Cumple con la obra lo que digas con la boca y muestra con ejemplos lo que enseñas con palabras, y sé, no solamente maestro de virtud, sino imitador de ella. Si enseñas y haces serás tenido por digno de alabanza, porque no basta alabar lo que digas si no juntas a las palabras los hechos.

En tu enseñanza guarda la moderación para la humana alabanza. Instruye a los demás de modo que te guardes a ti mismo, y enseña de modo que no pierdas la gracia de la humildad. Cuida de que, mientras levantas a otros, al enseñarles, no te hundas tú por el apetito de alabanza.

No seas oscuro en tus palabras cuando enseñes, sino habla de modo que seas entendido y no desagrades con tu discurso a los sencillos, ni ofendas a los prudentes.

Será el discurso del maestro según la inteligencia de los oyentes, y hay que distribuir la enseñanza según las costumbres. Se emplea el remedio según sea la herida, y voluntades distintas requieren distinta instrucción, pues cada uno desea ser instruido de acuerdo con la propia profesión.

Hay que considerar la variedad de las personas y trata del modo como has de amaestrar a cada uno. Muestra a la generalidad las cosas comunes; pero a los más perfectos, las secretas: las claras, para todos, y para pocos las encubiertas, pues hay algunas que pueden darse a conocer a los más, y otras a los menos.

Hállate preparado en todo momento para enseñar; no tengas tiempo vacío en el que no edifiques, ni pase hora alguna en la que no procures el deseo de instruir. Predica abierta y constantemente la buena palabra y no te avergüences de manifestar lo que has aprendido a defender.

Busca cerca de otros el conocimiento que sabes te falta, pues las cosas oscuras se iluminan con la conversación y el trato, y las difíciles se esclarecen platicando sobre ellas.

DE LA CURIOSIDAD

No tengas curiosidad por conocer cosas escondidas. No indagues lo que se halla lejos de conocimiento humano. No te ocupes de lo que no hayas aprendido por la autoridad de la Escritura: *déjalo*, como si fuera para ti un secreto.

No te informes sino de lo que está escrito, ni sobre otra cosa investigues más que las divinas letras te enseñan.

No desees saber lo que no te es lícito conocer, pues la curiosidad es peligrosa presunción y dañosa maestría; lleva a la herejía y precipita la mente en el conocimiento de sacrílegas fábulas; forma los atrevidos en las causas *dudosas* y oscuras, y los imprudentes, en las desconocidas.

Mas en la disposición *de las partes de enseñanza y discurso*, evita toda contienda y la obstinada pugna para vencer; cede en seguida a la verdad, no contradigas a la justicia, ni te empeñes en eliminar lo que es recto.

Discute con derecho y no con engaño; no te juzgues por más entendido que los otros, ni te prepares para enemigas controversias, ni, para triunfar, intentes contra la verdad.

En toda discusión, busca tener razón; aplícate a discutir, no a sobresalir; gusta mejor de oír que de decir, más de escuchar que de hablar. Oye el principio y habla el último: más de honor hay en el final, y es el término a lo que se tiende, y lo último es lo que se busca. Mejor que el comienzo es el acabar; mejor que el primero es el lenguaje novísimo.

Presta tu veneración a los mayores en ciencia y en vida, a cada uno según el mérito de tu santidad, y concede reverencia debida a los de mejor grado. Honra a cada uno según su dignidad y no te exhibas como igual al superior.

Obedece a los ancianos, sirve a su mandato, humíllate a su autoridad y sigue *el dictado* de su voluntad.

Ofrece justas complacencias a los mayores, y está a las órdenes de todos en los buenos mandamientos.

Pero de tal manera condesciendas con la voluntad del hombre, que no ofendas la de Dios.

NO HAY QUE OBEDECER ,A LAS LEYES MALAS

Si te ordenan hacer el mal, no des tu consentimiento; no consientas. No te muestres conforme con potestad alguna para el mal, aunque la pena te obligue y amenacen los suplicios y te salgan al encuentro los tormentos. Vale más morir que cumplir perniciosos mandatos; mejor es ser inmolado por un hombre que condenado en eterno juicio.

No sólo son reos de pecado los que lo cometen, sino los que lo conocen, ni se halla libre de maldad el que obedeció para que el mal se hiciera. El que obedece en lo malo es semejante al que lo hace, y a ambos castiga igual pena.

DE LOS PRELADOS

Desea más ser venerado de tus súbditos que temido de ellos: que te reverencien más que te teman, y se adhieran a ti más con homenaje de dilección que por necesidad de condición.

Manifiéstate, pues, a tus súbditos de modo que más te amen que te teman. Pues el amor procede de la reverencia, el temor atrae el odio y quita el miedo la fidelidad que engendra el afecto.

El temor no hace continua la fidelidad. Donde aquel existe, le sigue la audacia, y donde se halla el miedo, se presenta la desesperación. Por lo cual, templa el rigor del mando, gobierna los súbditos con gran bondad y no te muestres terrible para ellos. Domínalos de modo que tengan placer en servirte, y guarda moderación en la disciplina y en la templanza.

No seas excesivamente indulgente, ni poco; no perdones demasiado, ni con cortedad. Ten proporción en toda tu obra y templanza en toda cosa.

Nada hagas inmoderadamente; ni mucho, ni poco; ni más arriba, ni más abajo de lo que convenga: que también es necesario no ser inmoderado en lo bueno.

Útiles son las cosas medianas entre lo grande y lo pequeño, y en su propio modo, todas son perfectas. Provechoso es cuanto se hace con moderación, mientras que los bienes faltos de ella pueden convertirse en dañosos.

Todo exceso se considera como vicio, y, por el contrario, se tiene como útil y conveniente lo que se lleva a cabo con medida.

Combina prudentemente todas las cosas, no se origine el mal del bien. Examina cuidadosamente qué sea a propósito para tal tiempo, y dónde, cuándo, de qué manera y hasta cuándo debes obrar.

Considera las causas de las cosas y las reglas del tiempo, y conoce la diferencia de cada ocupación. Distingue con diligencia todas las cosas en que te ocupes y sabe de qué manera comiences el bien y de cuál lo termines.

Guarda discreción en toda acción y no aparezcas indiscreto en cosa alguna. Todo cuanto con ella hagas es virtud, y vicio lo que sin ella llevares a cabo, pues por tal se tiene toda virtud indiscreta, que tiene lugar y *nombre* de vicio.

Hay muchas cosas viciadas por la costumbre; otras que se consideran malos hábitos, y otras que ilícitamente se emplean, en oposición a las honestas prácticas. Quita, pues, la mala costumbre; observa la ley; ceda el hábito a la autoridad y venzan al mal uso la ley y la razón.

Haz a otro lo que quieres que a ti sea hecho. Lo que quieres que otro haga para ti, eso haz tú para él, y sé para los demás como deseas que ellos sean para ti.

A nadie perjudiques con tu testimonio, ni emplees la voz de tu declaración en detrimento de nadie. No dañe tu palabra ni al alma ni a las cosas de nadie. Lo que no quisieras sufrir no hagas, ni a otro lo que a ti no quisieras fuese hecho; ni infieras daño a alguno, no sea que tú padezcas algo semejante.

Guarda la modestia en ti y la justicia para los demás; ten equidad de derecho y sigue la verdad en los juicios.

A nadie defiendas contra verdad. Si juzgas, no te separes de ella por afecto de persona alguna. Sea pobre, sea rico, aquel a quien juzgues, considera la causa y no la persona, y en todas las cosas busca la verdad, sin que el precio o la ambición te muevan.

Desprecia los regalos, no vaya a corromperse por ellos la justicia, pues los presentes hacen apartarse de la rectitud de los juicios. Prontamente se cae en prevaricación por causa del oro y al punto se viola la justicia con el presente.

No apetezcas *tampoco* el lucro temporal *que provenga de ejercer* justo juicio, ni por él busques premio alguno de este siglo, sino, más bien, administra la justicia por la sola remuneración eterna. Pues el que ama los regalos terrenos no espera la eterna gloria, y el que aquí recibe su premio, no tiene que esperar otro bien más allá.

Al juzgar, hazlo por la recompensa futura, y no quieras que se te pague acá lo que se te ha de deber en lo venidero. Arroja, pues, de tus manos todo regalo, si quieres habitar en la altura.

Pero en el juicio nunca te sientas sin misericordia. Observa, sí, la discreción de la justicia, y no quieras ser más justo de lo que se haya de ser, pues todo lo que es demasiado es vicio; pero sabe que es justicia despiadada la que no quiere reconocer la humana fragilidad.

No te agrade, pues, condenar, sino enmendar y corregir. Ten, así, rigor en la discusión de la justicia y misericordia en la definición de la sentencia. Siga la piedad al examen de juicio, y temple la indulgencia la severidad del fallo.

Sé clemente para los delitos ajenos como para los propios, y a nadie juzgues con más dureza que a ti, ni midas a los otros con medida diferente de la que para ti emplees. Júzgales como tú quisieras ser juzgado, porque al compadecer el pecado ajeno, para ti agencias misericordia. Se hará contigo en el modo en que con tu prójimo te hallas, y con la misma ley y con idéntica condición, de pena con que la juzgues serás juzgado. Es, así, tu misma ley la que te castiga. Soportarás el juicio que a los demás hagas llevar y se medirá para ti en el modo en que midieres.

Investiga, pues, primero todas las cosas y definirás con justicia. A nadie condenes antes de juzgar; a nadie juzgues por arbitrio de sospecha; antes, prueba, y después, juzga, porque el reo no es el que se ve acusado, sino el que se mira convicto.

Es muy peligroso juzgar a alguno por sospecha. En la duda, deja a Dios el fallo. Juzga en lo que conoces; en lo que ignores, deja a la divina sentencia, porque no puedes condenar con humano examen a quien Dios ha reservado para el suyo.

No juzguemos lo incierto hasta que venga el Señor, que saca a luz todo lo escondido e iluminará las reconditeces de las tinieblas y revelará los consejos de los corazones.

No han de tenerse por verdaderas, aunque lo sean, sino aquellas cosas que se comprueban con indicios ciertos, las que son demostradas con investigación manifiesta y se hagan públicas con orden judicial.

COMO DEBE PORTARSE CADA UNO EN LOS HONORES

Ten humildad aunque te halles en el más grande honor. Aunque en él te encuentres, practica la humildad. Si la observas, tendrás gloria, y mayor elevación de ésta te seguirá cuanto más humilde fueres.

Aunque haya en ti grandeza de potestad sublime, reprímela con la humildad. No te levante el honor, y huella con tu humildad la cima de tu elevación. Cuanto eres preferente por dignidad grande, tanto sé sobresaliente por mayor humildad.

Recibe también con humildad los cargos y ministerios que te hayan sido impuestos. Cumple con el a ti encomendado con razón sumisa; sé obediente a la economía divina y no te atrevas a ir contra su voluntad.

Ejerce moderadamente los derechos del poder alcanzado, adminístralos con ordenado ánimo y dispón las cosas todas con tranquilo corazón, no con turbulencia.

Guárdate de los honores, los cuales no puedes lograr sin culpa. La elevación de ellos es grandeza de maldades, y en más alto grado hay, sin duda, mayor pena. Más cerca se halla del perdón el que es menor. Los poderosos padecerán más fuertes tormentos, pues se hará juicio severísimo para aquellos que dominan. Si mucho se da, mucho se exige, y más se pide a quien más se entrega.

Los honores llevan peligro consigo, pues presto se atenta contra el poder y pronto sufre ruina. Al más grande honor corresponden más grandes peligros. El árbol elevado es agitado más fuertemente por los vientos y con más presteza se ven rotas sus ramas. Las torres excelsas caen con más pesada ruina, y los montes elevadísimos son fulminados con más frecuentes rayos.

Pronto la envidia cae contra el poderoso y luego se halla frente a las asechanzas el cubierto de gloria. Pues ésta engendra la envidia, que atrae los peligros.

Aunque alguno brille con la ostentación del siglo y resplandezca con púrpura y oro y destaque rodeado de precioso culto; aunque se halle defendido por la muchedumbre y protegido por las armas de sus centinelas y encerrado en medio de batallones innumerables de súbditos; aunque se halle amparado por sus ejércitos, siempre se encuentra en dolor, en angustia, en tristeza, en riesgo. Se acuesta entre sedenas ropas y está turbado; duerme sobre blandas plumas y está pálido; se reclina en lechos de oro y se halla agitado.

DE LA BREVEDAD DE ESTA VIDA

Breve es la felicidad de este mundo. pequeña la gloria de este siglo, frágil y caduco todo poder temporal

¿Dónde están los reyes? ¿Dónde aquellos príncipes y emperadores, los opulentos, los poderosos del siglo y los ricos del mundo?

Pasaron como sombra, se desvanecieron como un sueño, y se les busca *ahora* y no se encuentran.

Llevan el peligro las riquezas y arrastran a la destrucción, y se vieron en riesgo muchos por causa de los bienes. Por las riquezas llegaron a encontrarse en peligro, pues les fueron dañosas y engendraron para ellos la muerte.

Nunca tiene quietud en la mente el que se halla sometido a terrenos cuidados, pues conturba el ánimo la solicitud por las cosas, y lo agita la atención hacia las mismas, y nunca carece de dificultades la intensidad de la inquietud que producen.

Si, pues, quieres estar tranquilo, no apetezcas nada del siglo. Tendrás sosiego de espíritu si rechazas todo cuidado del mundo, y gozarás siempre de quietud interior si te alejas del ruido de las terrenas ocupaciones.

Si desprecias lo presente, encontrarás, sin duda, lo eterno. Si piso-teas las cosas mundanas y humanas, lograrás fácil y descansadamente la gracia celestial y reinarás con Aquel que domina sobre los vivos y sobre los muertos.

Nunca se adquieren ni se administran las riquezas sin pecado. Nadie gobierna sin falta las cosas terrenales. Rarísimo es que hallen tranquilidad los que poseen riquezas, y los que se mezclan en cuidados mundanales se separan del temor de Dios. No se complace en Dios el que se halla fijo en el amor de las cosas, pues éstas le separan de tender hacia El.

Nadie puede abrazar la gloria de Dios al mismo tiempo que la del mundo, ni a Cristo y al siglo juntamente. Difícil es atender en modo igual a las cosas celestiales y a las terrenas, amar a Dios y al mundo a una. No pueden estimarse en modo igual, porque es difícil, más bien imposible, aunar el goce de los bienes presentes y el de los frutos, llenar aquí el vientre y satisfacer allá el alma, pasar de unas a otras delicias, ser el primero en este siglo y en el otro, glorioso en la tierra y en el ciclo.

Renuncia, pues, a todo por Dios; séparate por El de los ciudada-

nos del siglo y aplícate a servirle sin el impedimento del mundo. Ningún amor ni cuidado alguno de éste te aparten del amor de Dios. Ninguna inquietud por las cosas te aleje de él. Echa de ti lo que pueda impedir tan buen propósito.

Odia y condena con todas tus fuerzas lo que el mundo ama. Sé muerto para él, y él para ti, y, como tal muerto, no mires su gloria y sepárate del afecto de su vida. Como si fueras ya sepultado, no te cuides del siglo, y, cual si fueras ya difunto, prívate de todo negocio secular.

Desprecia en vida lo que no puedes haber después de tu muerte.

Ten lo que posees para *ejercitar* la misericordia, y favorezca tu virtud la pobreza del necesitado. Si supieres de alguno puesto en la indigencia, o reducido a pobreza, o aniquilado por despojo de otro, u oprimido y humillado, a nadie desdeñes, a nadie mires con indiferencia, ni desprecies, ni dejes ir con la manos vacías.

Nadie se separe triste de ti, ni se marche de tu lado lleno de confusión. Reparte a todos y ofrece y da a todos.

No elijas a quién compadecer, no sea que pases de largo junto al que más merezca recibir. No sabes por favorecer a quién has de agradar más a Dios, y no puedes estar cierto por quién se te preparará fruto más grande de justicia.

Lo que des, distribúyelo con afecto, y lo que repartas, sea con alegría. Concede tu compasión sin murmurar, y ofrece la limosna sin enfado.

Sea tu benevolencia más abundante que lo que des, y tu gracia mayor que lo que inviertas *en dar*.

Así será lo que hagas, como fuera tu intención pues Dios recibe lo que se concede con buen afecto, y el que dé con disgusto, pierde su recompensa. Quien con enojo extiende su mano queda privado del fruto de su remuneración. A quien da con tristeza, no se le retribuye. No hay misericordia donde no hay benevolencia.

Sirve el pobre con lo que te proporcionen los trabajos justos. No quites a uno para dar a otro, ni quieras aparecer caritativo a costa del despojo ajeno, pues nada te aprovecha si mejoras a alguno con lo que a otro perjudicas. Esta clase de compasión condena, no beneficia, y esa misericordia no limpia tus pecados, sino los aumenta.

Sea por causa de misericordia el bien que hagas, no por motivo de ostentación, y no trabajes para obtener alabanza.

Hazlo todo por la eterna vida y no por temporal opinión, o por la

fama. Cuanto obres, sea por la recompensa futura, y que te preocupe más la esperanza de la retribución eterna, sin buscar lo que aprovecha a la gloria de este mundo, sino a la de la eterna vida.

Si aquí se busca la alabanza, se pierde allí el premio, y no es en este mundo la paga del justo, sino en lo futuro, pues a los justos se promete premio venidero, no presente, no de la tierra, sino del cielo, no que se haya de esperar aquí abajo, sino que se les debe en otra parte.

Concluye la RAZÓN.— Has recibido, pues, los avisos, y se te ha dado norma de vivir, por lo cual no te excusa ya de pecado ignorancia alguna, y no eres desconocedor de la vida, ni imprudente, ni ignorante.

Te expuse la ley que debes seguir, describí cómo debe ser.

Tienes ya conocimiento de los mandamientos. Conoces en qué consiste el vivir rectamente.

Procura, pues, no faltar, y cuidar de no rechazar el bien que has conocido, y no desprecies en tu vida lo que has apreciado en tu lectura. Guarda el don de ciencia recibido y cumple lo que has aprendido con la predicación.

EL HOMBRE.— Gracias te doy, mi agradecimiento te muestro, pago acciones de gratitud y satisfago con reconocimiento. Gratitud abundante doy y guardo para ti, y en cuanto puedo la encarezco y, según mis fuerzas, agradezco.

Muchas cosas me han sido concedidas por ti; muchas dadas y proporcionadas con especial compasión. Todas me placen y me agradan; aposentaron en mi ánimo; me halagan y me consuelan.

¿Qué satisfacción devolveré por ellas?

¿Qué remuneración habré de pagar? ¿Cómo compensaré por esos dones tuyos?

No tengo modo, sino el de usar de tus preceptos, someterme a tu voluntad, estar a tus órdenes y obedecer a ti, que mandas.

Tú eres quien da vida y maestra de virtudes, y me llevas, como regla, derechamente, y eres la que no te separas jamás de lo recto, y no te apartas nunca de la verdad.

Tú, halladora de bienes, maestra de costumbres, buscadora de virtudes, sin la que no puede existir la vida del hombre, pues la regla de ella es dada a todos por ti.

Tú llevas las gentes de la maldad de su vida a otra mejor, y con tus preceptos se forman las almas.

Si algo hay torcido, tú lo enderezas, y enmiendas lo que hay que corregir.

Nada hay para mí más dulce, ni más querido, que tú; nada más agradable, ni más suave; ni más cariñoso, ni más fácil, ni más santo. Más agradable me eres que mi misma vida.

**LIBRO PRIMERO
DE LAS SENTENCIAS**

INTRODUCCION

I

Al presentar esta traducción española de los tres libros de Sentencias escritos por San Isidoro de Sevilla, no intento otra cosa que facilitar la lectura de esta obra del santo Doctor a los que hablan y conocen el castellano. Como obra utilísima ha pasado por las manos de cuarenta generaciones, ha morigerado las costumbres de trece siglos, ha sido leída, estudiada, comentada por los sabios Pontífices, los eruditos teólogos, los severos áscetas, los curiosos historiadores y los diligentes amanuenses, impresores y editores en todos los siglos medios y modernos. Los nombre de Leones y Gregorios e Inocencios, Tomás y Buenaventura, Cayetano, Dumesnil, Colombet, Natal, Alejandro, Dupín, Ceillier, García Loaisa, Nicolás Antonio, Flórez, Arévalo, Du Breul, Menéndez y Pelayo, etcétera, etc., son una fehaciente prueba. Alfonso Martínez de Talavera ofreció, en el siglo XV, una versión castellana de Sentencias.

No presentó una exposición crítica, sino la traducción de estos libros del erudito San Isidoro, el compilador más grande que ha existido, según Cairé. Son libros muy buscados y saboreados de los exquisitos paladares en los tiempos que nos ha precedido.

II

Este volumen, además de “Los Sinónimos” contiene las Sentencias del libro primero, que escribió San Isidoro de Sevilla, repartidas en tres libros.

A juzgar del valor de los tres libros por su volumen, en poco sería estimada esta joya isidoriana. Mas sabido es que las joyas no se avalúan por el volumen y tamaño, sino por la materia y el arte de las mismas.

En esta obra puede bien asegurarse que la flor y nata de toda la sabiduría de San Isidoro, la de su Escuela Sevillana, la de su época, está como una espiritual esencia recogida y guardada en las 1.179 Sentencias de que está compuesta.

La ciencia de la humana sabiduría, que pudo salvarse del naufragio de la invasión nórdica, y llegar al siglo VII, halló en España un hombre completo en cuya inteligencia ecuménica se hospedó y se vio acariciada y acrecentada en unas obras calificadas por San Idelfonso de Toledo como eximias y no breves: “Seripsit opera et eximia, et non parva... librum Sententiarum” (De virorum Illustrium Scriptis. Du Breul). La sabiduría divina se le desposó, llevando como sirvientas las artes y las ciencias, y le puso en el trono de la Escuela para que reinase indefinidamente, no sólo en los siglos de la Edad Media, sino en todas las edades por venir¹. Y para que nada se echase a faltar en aquel magnífico conjunto, anadióse a la ciencia, al arte, a la sabiduría el esmalte de la santidad. San Braulio escribe: “Sana doctrina, praestantior omnibus, copiosior operibus charitatis”, en sana doctrinas aventajó a todos y en abundancia de obras de caridad. Ahora bien; abeja infatigable libó en los numerosos autores de que habla en los libros históricos: *Chronicon*, *Chronicon Gothorum*, *Historia Wandalorum*, *Historia Suevorum*, *De Viris Illustribus*, etc., y pasó en las Sagradas Escrituras con marcada complacencia. El espíritu saturado con pastos tan abundantes, sanos y odoríferos labró deliciosos panales y destilando esencias de su alma, las encerró en el pomo valiosísimo de los tres libros de Sentencias.

III

¿Qué significa el vocablo Sentencias? Sentencia es un dicho impersonal, dice San Isidoro: “La complacencia gana amigos; la franqueza, enemigos”, es una sentencia. (Lib. II *Originum*). Puede exponerse diciendo que Sentencia es dicho grave y sucinto que envuelve doctrina o moralidad digna de notarse.

Más explicativa de lo que entendió San Isidoro por Sentencia puede ser la breve noticia que de San Sixto escribió en *De Viris Illustribus*. “Sixtus² Episcopus Romanae Urbis et Martyr composuit ad instar Salomonis librum Proverbiorum, tam brevi eloquio, ut in singulis versiculis singulae explicentur Sententiae”. Y los Proverbios contienen documentos para arreglar nuestra vida, según San Basilio. Y completando la idea de sentencia en el libro de *Differentiis verborum*, dice el mismo

Isidoro: “*Consilium cogitatio, Sentencia, consilii pronuntiatio.*” Son pues Sentencias las máximas, proverbios o dichos graves que sucintamente expresan una notable norma doctrinal o moral. Por tanto, en nada se excede la Antología de San Isidoro cuando en la página 47, escribe: “Las Sentencias: Síntesis de la doctrina isidoriana en lo que se refiere al dogma y a la moral, muchos de cuyos capítulos tienen un gran valor de actualidad”. Y en Biografías Santas, número 2, puede leerse: “Las Sentencias son una suma Teológica donde se encuentra toda la doctrina dogmática y moral de nuestra santa religión.”

De los tres libros de Sentencias, que San Idelfonso de Toledo y bábulo, escritor del siglo X, llaman opus —obra codicem— código y volumen, escribía Antonio Francisco Vezzoso en Roma, año 1769: “Aquellos libros ... después que trataron de la Teología teórica pasan a la que dirige las costumbres.

Algunos, queriendo imitar la titulación de los Libros de la Escritura tomando las primeras palabras, inscribieron éstos de San Isidoro: “*De Summo Bono sive de Sententiis.*” Así Juan Trithemio y otros incunables ³ góticos que se hallaban en la Biblioteca Nacional de España; mas San Isidoro solamente puso Sentencias. Lo asevera San Braulio de Zaragoza, discípulo inmediato del Santo, y lo confirma el Concilio VIII de Toledo reinando Chindasvinto, cuando alega una cita del libro II de Sentencias.

¿Qué motivo puede suponerse en los editores e impresores que han suprimido Sentencias en el título? Otros lo juzgarán. Mas tengo para mí no ser improbable que haya obedecido al deseo de que estos tres libros de San Isidoro se distinguiesen y distanciase de aquellos libros de las Sentencias ⁴, que en las Escuelas teológicas, comentaban y exponían los doctores para llegar al grado de Maestros en Sagrada Teología. Otras razones puede haber que no son para puestas en este lugar.

IV

Ahora, si estudiamos la obra isidoriana en si misma, podemos ver en el libro I la parte dogmática: la exposición del Credo; en el libro II, la parte ascético-moral; gracia, virtudes, y vicios; en el libro III, la parte práctica: pruebas y estados sociales, eclesiásticos y civiles. ¿Era quizás el Manuel ⁵ que se explicaba en aquella Escuela de Sevilla fundada por San Leandro y cultivaba y llevada a la más alta cima del saber del siglo VII por San Isidoro?

Si las enseñanzas eran eficaces puede juzgarse por los santos, sabios y hombres de Estado que de ellas se alimentaron, San Braulio, Redempto Clerco, el Rey Sisebuto, fueron discípulos, directos de San Isidoro; lo fueron mediando San Braulio, los Santos Ildefonso ⁶ y Eugenio III de Toledo y Tajón de Zaragoza. La grande afluencia de jóvenes que acudía a oír y aprender del Maestro exigiría, lo mismo la construcción de nuevos edificios que la organización científica.

Las Sentencias pudieron ser el Manual de las explicaciones. Los puntos en las Sentencias tocados son concisos; la explicación amplificada se encuentra en otras obras: en las Etimologías, por ejemplo, en los oficios, en sus cartas, etc. Quien dijo que estos libros eran una Suma Teológica, ¿pensó quizás en que la de Santo Tomás de Aquino tiene algún parecido con esta de San Isidoro? Escuelas se llamaron en los siglos medios los modos de exponer la Teología y la Filosofía y las ciencias todas: Escuela fue en el siglo VII la de Sevilla, cuyo primero y más grande ornamento fue San Isidoro.

V

San Isidoro el Joven, al que Rodrigo de Toledo en el tomo 7 de los Anales en el año 636 llama Arzobispo y Metropolitano, Primado y Obispo sumo (en lo que concuerdan con él Alfonso de Cartagena, Vaseo y Braulio), nació en Sevilla (para otros nació en Cartagena), sin poder fijar el año. Fue hijo de Severiano y Teodora y hermano de los Santos Leandro, Fulgencio y Florentina. Por línea paterna fue nieto de Teodorico, Rey de los Ostrogodos y de Italia; la madre estaba emparentada con los Reyes Godos, cuya sangre llevaba en las venas.

De ambos se tomaron las frandes y nobles cualidades raciales que en los hijos florecieron y señaladamente en Isidoro que fue el último. Su voluntad y carácter noble, recto, justo, humano; su inteligencia perspicaz, cultivadísima en artes y ciencias; su maestría, para enseñar, su actividad incansable en todos los órdenes, su robusta complexión y su apostura de hombre noble y de Sacerdote Santo eran las cualidades de aquellos pueblos conquistadores cuando todavía se conservaban en la pureza de costumbres primitiva. De San Ildefonso de Toledo es la apreciación: “*Vir decore simul et ingenio pollens*”, varón dotado bien de hermosura y de ingenio. Y San Braulio de Zaragoza, escribió: “*Vir in omni locutionis genere formatus*”: hombre bien preparado en todos los géneros de la elocuencia.

Quedó huérfano a los pocos años, pero su hermano mayor, San Leandro, cuidó esmeradamente a su hermanito y, tomándole como discípulo, vióle hacer tales adelantos en la Escuela Sevillana, que pudo colocarle al frente de la misma y descargar en Isidoro la enseñanza y administración cuando todavía era joven al Maestro.

¿Cuántos años duró el gobierno y magisterio de Isidoro en la Escuela Sevillana? Sabemos cuándo terminó el gobierno personal, mas ignórase el año exacto en que comenzó. Si se afirmara que duró medio siglo, desde 586 a 636, no parece que esta aseveración diste mucho de la realidad. Porque de un lado pensemos que San Isidoro por el año 586 contaba unos treinta años poco más o poco menos, que su hermano San Leandro, debía, por entonces, estar ya entrado en sus buenos años, desterrado y preocupado por las guerras de Leovigildo y la prisión y martirio de San Hermenegildo, seguidos de la muerte del rey Leovigildo y la sucesión de Recaredo en el tron de toda España visigoda.

Ni le dejaría de ocupar la preparación del Concilio III de Toledo celebrado por los mismos años.

¿No serían éstos suficientes motivos para declinar el peso de la enseñanza y los cuidados de la Escuela en hombros de su hermano Isidoro y descargándose de este peso dedicar las energías a los asuntos del reino y de la Iglesia de España?

Quizás fueron cincuenta, los años de regentar, organizar y administrar la Escuela San Isidoro. Fueron dos generaciones las que oyeron las lecciones del eximio Maestro, "Doctor egregio, novísimo ornamento de la Iglesia católica, el último de los que han precedido en cuanto al tiempo, no el ínfimo en cuanto a doctrina comparada y, lo que es más grande, el más docto "in saeculorum fine" y que ha de nombrarse con reverencia", según el Concilio VIII de Toledo. Testimonio que en 1722 confirmó el Papa Inocencio XIII nombrando a San Isidoro Doctor de la Iglesia.

En este lapso de tiempo, que comprende los casi cuarenta años, es juicio de San Idelfonso de Toledo, de ser el sucesor de la sede sevillana vacante por muerte de su hermano, es cuando pudo recoger, ordenar, exponer y componer tantos libros, crónicas, cartas y transcribir los propios y ajenos pensamientos, este Nuevo Salomón y Daniel, como le llamó San Gregorio I Papa.

Elegido Arzobispo fue confirmado en el cargo por el Sumo Pontífice, de quien recibió el palio conveniente y aun necesario para el desempeño de su dignidad de Vigerente del Pontífice Romano en España, con lo que fue elevado a la primera de todas. Lo escribió así Baronio.

Queda con esto aclarado lo de Arzobispo, Metropolitano, Primado y Obispo Sumo, dignidades que acumuló San Isidoro por voluntad del Pontífice San Gregorio. La historia nos dice el ejemplar desempeño de estos cargos; sea el testimonio de un códice citado por Fr. J. du Breul: "Qui regulan piissiman clericis ecclesiasticis instituit, et gentem Hispanicam suis doctrinis imbuunt, totamque sanctam Ecclesiam codicibus florigeris decoravit". (BBB. 5, fol. 290 in bibliotheca Victoriana Lutetiae Parisiorum.)

No se contentó con establecer una piadosísima regla de vida para los clérigos, levantó algunos monasterios y colegios, uno en los alrededores de Sevilla, para que la gran afluencia y cátedra, informando de tal modo las costumbres de la España visigoda, que no se deformaron ni con el duro choque de los árabes y berberiscos, ni con el veneroso disolvente de la Reforma protestante, ni con el Renacimiento seductor, ni con las repetidas revoluciones ⁷.

De sus obras escritas son testigos los hermosos y numerosísimos códices manuscritos, los multiplicados incunables conservados y las ediciones repetidas de sus obras conocidas ⁸.

A todas estas empresas de la gloria de Dios para bien de la Patria y de la Iglesia, añadió Isidoro la santidad de vida y Dios lo quiso magnificar con los milagros. "Diversis fulsit miraculorum signis primaria dignitate florens", dice Baronio.

La muerte del Santo Doctor merece punto aparte.

VI

Muerte de San Isidoro referida por Redempto Clerco, testigo presencial y escrita "fidei praenotationis meae stylo", como él dice.

Hame parecido exponer brevemente a vuestra Santidad como Isidoro, Metropolitano de la Iglesia de Sevilla, mi Señor, de grata memoria, recibió penitencia e hizo su confesión en presencia de Dios y de los hombres, y con el fiel estilo de mis notas poner en conocimiento de vuestra dilección como de este mundo partió para el cielo.

Lo que me impulsó primero con esta solicitud fue dar gracias a vuestra Caridad por la que ofrece con amor hacia el; después por que a ruego vuestro estoy precisamente a decirlo y no puedo suprimir u ocultar la verdad, y sobre esto porque pude recoger entre muchas unas cuantas cosas.

Viendo él, no se por qué medio, que su fin ya se aproximaba y presintiendo la nativa sutileza de su alma el cuerpo fatigado por asidua

enfermedad, todos los días por espacio de unos seis o más meses dio a los pobres tan largas limosnas, mayores que solía, que desde la salida a la puesta del sol estaban muchos a recoger la limosna.

Después vióse mortalmente herido por una úlcera, que aumentaba la fiebre corporal y por la que el estómago, debilitado, rechazaba los alimentos, e hizo que sus Coepiscopos, a saber, los beatísimos Juan y Aparicio estuviesen presentes al momento. Y cuando de su celdilla era llevado a la basílica de San Vicente Mártir, toda la multitud de los pobres, clérigos, religiosos todos y toda la plebe de esta ciudad recibieronle con voces y grandes gemidos. aunque alguno tuviera el pecho de hierro no hubiera podido menos que deshacerse entonces en lágrimas y suspiros. Y cuando en la basílica del predicho Mártir se le puso en medio del coro y próximo a la cancela del altar, mandó que la turba de las mujeres se pusiese más lejos, para que cuando él recibiese penitencia, sólo viese la presencia de varones y no de ellas. Y mientras, a los predichos sacerdotes-obispos suplicaba que el uno de los dos le pusiese el cilicio y el otro la ceniza: y extendiendo las manos hacia el cielo comenzó a decir así: ¡Oh Dios. Tú que conoces los corazones de los hombres y te has dignado perdonar los pecados al publicano, que puesto lejos golpeaban su pecho! ¡Tú, que a Lázaro, que reposaba en el sepulcro, te dignaste resucitar a los cuatro días de estar corrompiéndose la carne, y quisiste que fuese recibido en el seno de Abraham! Acepta en esta hora mi confesión y aparta de tus ojos los innumerables pecados que he cometido; no te acuerdes de mis maldades ni hagas memoria de los delitos de mi juventud. Tú, oh Señor, no pusiste la penitencia para los justos, que no pecaron contra ti, sino para mí que soy pecador, que he pecado más veces que arenas tiene el mar. No encuentre el antiguo enemigo qué castigar en mí. Tú sabes que después que, desdichado de mí, llegué indigno a esta carga, mejor que honor, en esta sana Iglesia, nunca acabé de pecar, sino que trabajé para proceder inicuaemente. Y pues Tú has dicho que en cualquier hora en que se convirtiere el pecador de sus malos pasos darías al olvido todas sus iniquidades, me acuerdo de este precepto tuyo y clamo, sí, con esperanza, y a Ti clamo confiado, yo que soy indigno de mirar a los cielos, por la multitud de pecados que hay en mi vida. Hazte presente, recibe mi oración y dame perdón a mí pecador, el perdón que he pedido. Porque si los cielos no están limpios en tu presencia; cuánto menos yo, hombre que he bebido la iniquidad como el agua y me he chupado como calostros el pecado?

Una vez terminado todo esto recibió de los mismos Pontífices el Cuerpo y la Sangre del Señor con profundo suspiro del corazón juzgándose indigno.

Después pedía perdón a los mismos Sacerdotes-Obispos y a cuantos clérigos había, a los ciudadanos y a toda la plebe y decía: “Suplícaos, oh santísimos señores míos, Sacerdotes-obispos, y a vosotros, santa congregación de clérigos y pueblo, que vuestra oración se eleve al Señor por mi infeliz y lleno de toda mancha de pecado, para que, pues no soy digno de obtener la clemencia de Dios, siquiera por vuestros ruegos merezca conseguir el perdón de mis delitos. Perdonad al indigno, os lo suplico, lo que ha pecado contra cada uno de vosotros: si desprecié a alguno por odio, si a otro rechacé impío del consorcio de la caridad, si a alguno he corrompido con mi consejo, si a alguno perjudiqué airadamente; perdonad ahora al que lo pide, y aún más, al que se arrepiente.”

Y cuando todos a una voz habían pedido por él indulgencia y a cada uno habían condenado las deudas y devuelto las escrituras, de nuevo amonestó a los circunstantes de este modo: “Santísimos Obispos, señores míos y todos cuantos están presentes: ruego y suplico que os tratéis con mucha caridad, no volviendo mal por mal y no seáis murmuradores chismosos entre el pueblo. No halle en vosotros qué castigar el antiguo enemigo, el lobo rapaz no encuentre para llevar a alguno que hayáis abandonado, sino antes bien la oveja arrancada de las fauces de él, gozoso tráigala el pastor en sus hombros a este aprisco.

Después de esta confesión y oración al punto mandó que se diese a los pobres indigentes el dinero que restaba.

Ahora, pues, ¿qué fiel dudará de que al instante, perdonado del todo fue agregado a los coros de los Angeles? Luego puso empeño en que todos le besasen, diciendo: “Si de corazón perdonaréis lo que hasta ahora os he inferido de contrario o de malo, os perdonará el Creador Omnipotente todos vuestros delitos, así como también el agua de la fuente que hoy recibirá el pueblo devoto, sirvaos para remisión de los pecados, y este ósculo entre vosotros y yo sea permanente testimonio de los futuros.

Completado todo esto fue conducido a la celdilla; y después del día cuarto de la confesión y penitencia, en paz consumó la cura pastoral al mismo tiempo que la vida. El día antes de las Nonas de abril, Luna XIX y Era DCLXXIV, o sea, el día 4 de abril, luna 19 y año 636.

NOTA. ¿Cómo explicar, si no es por una inadvertencia, lo que el eruditísimo y diligente Fr. J du Breul escribe en la epístola de introducción a las S. Isidoro Hispalensis Opera omnia? En el folio a iij., l. 19, dice

así: “Redemptus Clercus, qui ejus obitum (Isidoro nempe) qualem vidit recenset; asscritque contigisse pridie Kalendas Aprilis, Aera 674, id est, anno Christi 636”, Redempto Clerco, que cuenta cómo vio la muerte de él (Isidoro), y afirma que sucedió el día antes de las Kalendas de abril... Pero el texto de Redempto copiado íntegramente en el folio e vuelto, puso “pridie Nonas Aprilis”. Fue inadvertencia, pues hay manifiesta contradicción.

VII

En la provincia de Murcia y singularmente en Cartagena, está extendida y arrigada la noticia de que los Cuatro Santos son cartageneros. Son muchas las iglesias que tienen destinadas hermosas capillas de los Cuatro Santos. Puedo citar la que en Santa María, parroquia de Cartagena, tiene la Cofradía de los Cuatro Santos. Las cuatro estatuas son de Salzillo. Asimismo en la Catedral Antigua de Cartagena y en la capilla de la Virgen del Rosel hacen corte a la antigua Patrona de la ciudad los Cuatro Santos en estatuas de Salzillo. Otras cuatro estatuitas hay en la calle titulada de los Cuatro Santos, en la misma ciudad. Otra está dedicada a Santa Florentina. Había también en la casa de las Hermanitas un cuadro de unos 120 x 85 centímetros, en que figuraban el Duque Severiano y sus Cuatro Santos, hijos. En Cartagena, esto es indudable.

Además, en la Catedral Antigua se muestra un brocal de piedra colocado en el aljibe de la misma y con él se conserva la tradicional leyenda de que el niño Isidoro, que no era demasiado estudioso por entonces, marchándose al campo en vez de ir a la escuela, cansado llegó a un pozo para beber. En el brocal las sogas, con el roce tantas veces repetido, habían cavado un cajero en la piedra. Fue aquel un momento decisivo en la vida del niño. Tuvo este pensamiento: si la piedra se marca y se mella por la constancia del roce, ¿por qué yo no he de marcar en la memoria de los estudios que me cuestan y cansan ahora? Si yo fuera constante... Y desde aquel día lo fue y se hizo sabio y santo.

Esto relato para que conste que los nobles cartageneros sostienen que San Isidoro nació y estudió en Cartagena, de donde salió con sus padres y hermano, cuando los imperiales tomaron la ciudad. Fueron a parar en Sevilla. Otros le suponen nacido en Sevilla.

Recuérdese que Atanagildo (550-573) llamó a los bizantinos. ¿Qué fundamento histórico habrá tenido el señor Yela Utrillas en “Historia de la civilización Española en sus relaciones con la universal”, página 134, para insinuar que San Leandro fue de origen hispano-bizantino.

En Nuevo Diccionario Latino-Español Etimológico, por don Raimundo de Miguel y el Marqués de Morante, 17.^a edición, se lee así: “Isidoro, cronista, gramático y teólogo erudito, y uno de los Santos que más honran a su patria, nació en Cartagena, ciudad de España, el año 570 de la Era Cristiana. Fue hijo de Severiano, gobernador de aquella ciudad y se educó con su hermano San Leandro, Arzobispo de Sevilla, al cual sucedió en 601. Fue el oráculo de España durante treinta y cinco años..., etc.

Según datos que recibo después de lo antedicho se confirman y esclarecen los hechos siguientes:

1.^o Las estatuas de los Cuatro Santos que estaban en la Catedral Antigua de Cartagena haciendo corte a la Virgen del Rosel pudieron librarse del saqueo o incendio merced a la defensa que de ellas hizo, como de valiosísimas joyas de arte, el Cronista de la ciudad don Federico Casal.

2.^o Desaparecieron quemadas las de la capilla de Santa María, destruída totalmente.

3.^o Las estatuitas y urnas de la calle de los Cuatro Santos mandadas retirar en tiempo de la República, trátase de que sean repuestas en la histórica encrucijada.

4.^o Los cuatro hermanos están honrados, no sólo con la llamada calle de los Cuatro Santos, sino con sendas calles y con grupos de Escuelas Graduadas, las primeras que funcionaron en España y que hoy son Nacionales.

5.^o Hay iconos de los cuatro juntos o de alguno aislado en Cartagena, Murcia, La Palma, etc., etc., mas como no son exclusivos de San Isidoro, los omito en esta nota.

6.^o Rodrigo Cerratense en la Vida de San Isidoro, al Breviario en 4 de abril y otros muchos, dicen que es natural de Cartagena.

NOTAS

1. “Fue el hombre providencial que convenía a su época y a los siglos que siguen”, escribe Cairé en *Patrologie*, tomo II, pág. 258.

2. Sententias esse Sixti Philosophi, non Martyris, ait Hieronimus ad Ctesifontem, et 18 Ezechielis, et librum I in Jovinianum, in quo deceptus Ruffinus, et retract. Aug. (Nota de Du Breul).

3. El núm. 909, 904 y 905. Los tres se titulan: *Etymologiae, De Summo bono*. El 903 tienela impresión: *Venetis, Petrus Loheslein*, 1483. Hain-Copinger, 9.271. El 994, está impreso: *Venetis, Bonetus Locatellus*; imp. Octaviani Scoti; II decemb. 1493. El 995:

Venetii-Octavianus Scotus, S. XVI. Hain-Copinger, 9.277. Copinger III, pág. 587, col. 1, supone impresa esta obra en el siglo XVI.

4. Tajón de Zaragoza, discípulo mediato de San Isidoro, Julián de Toledo, Pedro Lombardo y otros después de San Isidoro fueron escritores de Sentencias. Tajón y Pedro Lombardo escribieron en cuatro libros, no en tres. ¿Acaso pueden ser tenidos como plagiarios? El título de “Maestro de las Sentencias”, ¿a quién corresponde llevarlo, a Pedro Lombardo o a San Isidoro? (V. Arévalo, en *Migne*, t. 83, P. L., y Cairé, en *Patrologie*, etc.).

5. Así lo aprecia Cairé en la *Patrología*, diciendo: “Los tres libros de Sentencias constituyen un verdadero manual de dogmática, de moral y de ascética. Es una de las más útiles obras de San Isidoro y una de las que más aprecio y saboreó la Edad Media”. (II, pág. 258).

6. Así lo dejó escrito el señor Yela Utrilla, mas hay que oponer a esto que San Ildefonso estuvo durante doce años oyendo y tratando a San Isidoro.

7. San Isidoro de Sevilla con San Gregorio, Casiodoro y Boecio son los educadores de la Edad Media, dice Cairé.

8. Véase Arévalo *S. Isidoro Hisp. opera omnia, Prolegomena P. L. Migne*, LXXXI y *Vacant et Mangenot*, Dictionaire, t. 13.

CAPITULO I

Dios es el Bien sumo e inmutable

1. Dios es el Bien supremo, porque es inmutable y es absolutamente incorruptible. Ciertamente, la creación es un bien; pero no el supremo, porque es mudable, y por más que sean un bien en realidad, con todo no puede ser a la vez el bien supremo.

2. ¿Qué otra cosa es la inmortalidad de Dios, sino su inmutabilidad? En efecto, también los ángeles y las almas son inmortales, pero no son inmutables. Y, por tanto, sólo Dios se dice el Inmortal, puesto que sólo El es el Inmutable. Pues el alma no es inmortal, se corrompe, muere, cuando al dejarla Dios, se muda de lo bueno a lo malo, y de modo semejante cayó el ángel cuando le dejó Dios.

3. Lo que para existir tiene materia es mudable, ya que de lo informe pasa a tener forma; pero lo que no tiene materia es inmudable, como en verdad lo es Dios.

Perfecta y sustancialmente hay en Dios estas cosas: la incorrupción, la inmortalidad, la inmutabilidad, y de ahí que justamente se antepone a toda criatura.

4. En Dios creemos que se muda la obra, no el consejo; y que no cambia Dios porque en consonancia con tiempos varios manda diversas cosas, sino que permaneciendo El mismo inmutable y eterno, ya desde la eternidad en la disposición de su consejo persistió lo que sería congruente a cada tiempo.

5. No debemos juzgar por nuestras experiencias que Dios es una cosa y otra su hermosura y otra su grandeza, como en el hombre una cosa es el hombre y otra la hermosura, pues aun faltando la hermosura queda el hombre. Y por esto quien así entienda a Dios, cree que es corpóreo: en tanto que la hermosura y grandeza de Dios es el mismo Dios.

6. En razón de esto se dice que Dios es simple, ya que ni pierde lo que tiene ni El es otra cosa que lo que hay en el.

Pero es patente que, cosas que en Dios son perfecciones, se predicán impropriamente o se atribuyen a vicios, como, por ejemplo, la simplicidad, que a veces se aplica a la bobería, y no es eso. En Dios hay la suma simplicidad.

Esta advertencia sirva de norma en la valoración de las otras atribuciones.

CAPITULO II

Dios es inmenso y omnipotente.

7. No llena Dios el cielo y la tierra porque le contengan, sino antes bien porque están contenidos en El. Dios no llena las cosas parcialmente, sino que siendo El mismo único, no obstante en todas partes está entero totalmente. No se debe pensar que Dios esté en todos los seres de modo que cada cosa lo contenga en proporción de su magnitud, es decir, las más grandes, más, y las más pequeñas, menos: cuando más bien El mismo está todo en todos, o todos están en El.

8. La majestad de la omnipotencia divina incluye todos los seres en la inmensidad de su poder, y nadie podrá encontrar manera de evadir su potencia, porque El lo envuelve todo por doquiera. Porque todas las cosas están coartadas dentro de la omnipotencia del divino juicio, tanto las que se deben conservar para que sean salvas, como las que hayan de cortarse, para que perezcan. Y así decimos que de ningún modo puede alguien escapar de Dios: porque quien no tiene a Dios aplacado, en manera alguna puede evadirse de Dios airado.

9. La inmensidad de la divina grandeza es de tal condición que es preciso entendamos que Dios está dentro de todo, pero no incluido, y fuera de todo, pero no excluido; y por tanto, interior para que contenga todos los seres, y exterior para envolverlos a todos en la no circunscrita inmensidad de su grandeza. Luego porque está exterior se manifiesta ser el Creador; y porque está dentro se demuestra que todo lo gobierna. Y para que no estuviesen sin Dios las cosas criadas, Dios está en lo interior de todas; mas para que estuviesen fuera de Dios, Dios está fuera para envolver por sí a todas las cosas.

10. La consumación de cualquier hecho llámase perfección. Mas, ¿cómo Dios, que no ha sido hecho, es perfecto? Este lenguaje, lo mismo

que las restantes palabras, tomólo la humana inopia a nuestra manera para que lo inefable se pueda decir de algún modo; porque el humano lenguaje nada dice dignamente de Dios.

11. Así, no estando Dios localizado, anda no obstante localmente en sus Santos, cuando está predicando por ellos de un lugar en otro. Porque Dios que no se mueve en el espacio ni en el tiempo, en sus servidores se mueve en el tiempo y en el espacio cuantas veces es predicado por ellos en los lugares.

12. Aunque de Dios no se diga dignamente cosa alguna ni según la cantidad ni según la calidad, ni según el sitio, ni según el hábito o el movimiento; tiene no obstante de alguna manera la anchura de la caridad, por la cual nos recoge del error y nos sostiene en la verdad; tiene también longura, por la que nos soporta con langanimidad a nosotros, los malos, hasta tanto que, corregidos, nos restituya a la patria futura. También tiene altura, por la que con la inmensidad de su ciencia sobrepuja todo sentido. Tiene también profundidad, a donde disponiéndolo con justa equidad preordena a los que han de ser condenados al infierno.

CAPITULO III

Dios es invisible

13. Cuando al hablar de Dios la Sagrada Escritura dice: “Ecce Deus”, he ahí a Dios, no lo enseña como visible, sino que ciertamente significa que está presente. Porque aquello otro que dice: “Ecce Dominus” he ahí al Señor, significa que ningún sentido puede alcanzar la grandeza de la divinidad, ni aún el angélico; aunque la naturaleza humana después de la resurrección se mejore hasta cierta igualdad angélica y se perfeccione incansable para contemplar a Dios, no obstante no puede ver a Dios de lleno en su esencia, la que ni la misma perfección angélica alcanza realmente, según el Apóstol que dice (Philip’, IV-7): *La paz de Dios, que sobrepuja a todo entendimiento*; para que sobreentiendas también el de los ángeles. Porque sola la Trinidad es conocida íntegramente de sí misma y de la humanidad asumida por Cristo, que es una de las tres personas de la Trinidad.

14. La esencia de Dios puede ser conocida intelectualmente por un cierto modo maravilloso en tanto que se cree; pero su operación, que

ciertamente no puede ser igualada, y sus juicios de nadie son enteramente conocidos. Consta que los secretos juicios de Dios no pueden ser penetrados por entendimiento alguno ni angélico ni humano. Y por tanto, porque son ocultos, pero justos, es preciso venerarlos tan sólo, y temerlos, no discutirlos ni inquirirlos, como enseña el Apóstol (Rom. XI, 34), cuando dice: *¿Quién ha conocido los designios del Señor? O ¿quién fue su consejero?* (Isa. XL-13; Sap. IX-13).

CAPITULO IV

Dios es Creador: conócese por la hermosura de la Creación.

15. Con frecuencia se contrapone a la incorpórea grandeza del Creador la corporal magnitud de las criaturas, para que por los seres pequeños se estimen los grandes, y de los visibles se aprecien los invisibles, y por la hermosura de las obras, se conozca al obrador de ellas; aunque no por equiparación, sino por una análogo cierta hermosura del bien oculta y creada.

16. Así como la obra de arte es para el artífice una alabanza, así es de las criaturas alabado el Creador de ellas, y cuánto más excelente sea El por la misma condición de la obra se muestra. De la limitada hermosura de la creación hace Dios que se entienda su belleza, que es imposible circunscribir: para que, por los mismos pasos por los que se apartó vuelva el hombre a Dios; para que quien por amar la belleza creada se arrancó la imagen del Creador, de nuevo por medio de la belleza creada retorne a la belleza del Creador.

El hombre para entender a Dios Creador camina por unos como grados de inteligencia de la creación, es decir: de lo insensible sube a lo sensible; de lo sensible asciende a lo racional; de lo racional, se remonta al Creador. Las cosas inteligentes de suyo alaban a Dios; las irracionales e insensibles, no de suyo, sino por mediación nuestra, cuando considerándolas alabamos a Dios, Más dicesse que ellas alaban en cuanto que la misma causa engendra la alabanza de ellas.

Los antiguos dijeron: nadie hay tan corto de inteligencia que no tenga sentimiento hacia Dios. Y también: hasta del pedernal saltan chispas. Pues si del guijarro sale fuego, de seguro presíntese el entendimiento allí en donde ni se siente la vida.

CAPITULO V

A Dios apropiamos formas a nuestro modo.

17. A nuestro estilo se dice que Dios es celoso, o que se duele; cuando ninguna perturbación de estos movimientos se da en Dios, en quien hay tranquilidad soberana. No se debe precipitar la sentencia del entendimiento creyendo que en Dios puede haber alguna perturbación de furor o de mutación; sino que la misma equidad de la justicia con que castiga a los reos es llamada ira en la Sagrada Escritura, porque quien la sufre tiene por furor e indignación lo que padece, por más que para el juez es equitativo.

Por lo mismo es necesario entender también así otras expresiones de afectos humanos que la Escritura aplica a Dios; de tal manera que se le ha de creer en sí mismo inmutable, y no obstante se le llama en general con nombres de mudanzas, según los efectos producidos, debido a nuestro lenguaje, para que más fácilmente se entienda.

18. Con tanta clemencia atiende Dios a la humana flaqueza, que pues no podemos conocerlo tal cual es, se nos insinúa El mismo con locuciones usuales nuestras. Por esto no sólo quiso que se le aplicasen las cualidades descriptivas de miembros nuestros, sino también lo indigno de las pasiones con objeto de atraernos a sus cosas por las nuestras y para que en tanto que condesciende con nosotros, nos levantáramos a El.

19. Dios, para manifestarse a los hombres, toma de muchos modos figuras de cosas corporales, constando que el, en verdad, según la propia sustancia, es invisible e incorpóreo. Y muchas veces se atribuyen a Dios diversas cualidades tomadas de los cuerpos y que, sin embargo, en Dios no existen, porque en su propia naturaleza es incorpóreo y no limitado, sino que por los efectos de las causas se aplican al mismo las figuras de las cosas. Así por ejemplo, como ve todas las cosas, llámasele ojo; y porque todo lo oye, llámasele oreja; porque se aparta, anda; porque espera, está en pie. Así también en otras semejanzas de cuerpos se atribuyen a Dios imágenes tomadas de los movimientos y actos humanos, como diciendo “olvida”, “recuerda”. De ahí que el Profeta dice: “Juró el Señor de los ejércitos por su vida o alma”; no porque Dios la tenga como nosotros, sino porque lo relata al modo nuestro. Y en otro lugar parecido se llama por nombre de gusano y escarabajo. Y no es de admirar si se figura (o desfigura) con viles significados a quien se le reconoce que descendió a tomar las contumelias de nuestras pasiones, o

sea de nuestra carne. Y asimismo se describe a Cristo como cordero, no por naturaleza, sino por la inocencia, y como león, no por naturaleza, sino por la fortaleza; y como serpiente, por la muerte y prudencia, mas no por la naturaleza. Y también el Profeta aplica a Dios la figura de un carro que porta heno. Y por tanto Cristo, que en su propia sentencia ninguna es de estas cosas, lo es todas en las figuras.

20. Algunos de los necios engañanse cuando leen que el hombre fue hecho a imagen de Dios, pensando que Dios es corpóreo; en tanto que la imagen de Dios tiénela, no en la carne, que es el cuerpo, sino en el alma, que es el espíritu. Luego no creamos haya forma corporal en Dios, que hizo al hombre a imagen suya; porque es la mente, no la carne, lo que creó a semejanza suya. Piensa pues cuál cuerpo tenga la verdad, y cuando hallares que no lo tiene, piensa: Dios es así.

21. En las Sagradas Escrituras por la cara de Dios se entiende, no la carne, sino el conocimiento de Dios: por la misma razón que cada cual es conocido por su cara vista. Y esto se dice a Dios en la oración (Ps. LXXIX, 4, 8, 20). *Muéstranos tu rostro*; que es como decir: danos el conocimiento de ti.

22. Boca de Dios es su Unigénito; porque como en lugar de las palabras, que existen por la lengua, ponemos muchas veces por una y otra la lengua; así en vez de la palabra de Dios pónese la boca; porque es costumbre formar con la boca las palabras. Y si quisieres demostrarlo por el género de locución en que se pone el agente en lugar de la obra, rectamente pones boca en vez de palabra; lo mismo que al poner lengua por las palabras y mano por las obras o las letras.

23. Huellas de Dios son las cosas por las que ahora conocemos a Dios en un como espejo. Mas el Omnipotente será hallado perfectamente cuando, en lo futuro, será presentado cara a cara a todos los elegidos, para que contemplen la hermosura misma, cuyos vestigios trabajan ahora por comprender: y esto es lo que se dice ver a Dios por un espejo. Y así lo restante.

CAPITULO VI

Dios es eterno, en El no hay sucesión, todo es acto.

24. A todos los tiempos precede la divina eternidad, y en Dios no hay algún tiempo, pasado, presente o futuro; sino que todas las cosas y tiempos se dicen en Dios presentes, porque en su eternidad las abarca